

“ lo grotesco, como creyó Víctor Hugo, si-
“ no otra más amplia, la de lo característi-
“ co, sea bello ó feo, sublime ó grotesco.
“ Considerar la belleza como único objeto
“ del arte, es error capitalísimo de que Víc-
“ tor Hugo se salvó por instinto y Hegel
“ por rigor dialéctico.”

Este profundo pensador señaló al arte romántico, como asunto propio, la manifestación del espíritu en toda su libertad, con lo cual ensanchó indefinidamente los dominios del arte, que de esta suerte tiene por objeto la vida humana en sus varias y múltiples fases.

Por otra parte, la expresión ó la representación artística, por sí sola, por su propia virtud y eficacia, es grandioso pórtico por donde pueden entrar en el templo del arte el placer y el dolor, la fealdad y la belleza. Y es que el poeta hermosea, acendra y transfigura todo lo que toca con su vara mágica, y lo que en el mundo real hace verter lágrimas, causa gozo y placer estético al espíritu que mora en las encantadas regiones donde impera la fantasía.

Resulta de aquí, que cuanto tiene vida en el mundo del arte; ó es en sí mismo be-

llo y placentero, ó es feo, doloroso y aun terrible.

En el primer caso, la forma deja que se transparente la belleza de la idea ó de lo que representa la idea, y aun la realza y abrillanta; en el segundo, transfigura la fealdad en hermosura y la pena en placer, aun cuando éste no se halle exento de dolor.

La duda, considerada como estado psicológico, con su desolación y sus angustias, es asunto digno de un poema, si el verbo lírico acierta á ser traducción fiel y hermosa de las amarguras del alma. Y creo que esto puede asegurarse del Beato Calasanz. Para convencernos de ello, sorprendámonle en el período *álvido* de la desesperación.

Primero eleva á Dios una plegaria en que ha puesto cuanta fe piensa tener; su oración no es oída, y en sus palabras se vislumbra la duda; la duda crece hasta convertirse en negación que pide á la blasfemia su acento impío. Su voz es rugido de león, es trueno de tempestad, que hace estremecer aun al alma más empedernida. Con implacable ira exclama:

“¿Y mi fe? ¿Qué es la fe? Porque deshecha
se hunde mi razón gota tras gota

en la implacable élépsidra, en que acecha la muerte. ¿Quién me tiende esta emboscada? ¿Vos, Señor, tú Satán; será la Nada?"

Y llevando el escepticismo hasta sus últimos confines, después de negar el Bien, aun del Mal duda, y dice en medio de la mayor desolación y desconsuelo:

Nada. ¿Ni el Mal existirá siquiera?

¡Cuántas y qué terribles pasiones tumultúan en su alma acongojada! El terror ante el silencio de Dios á quien en balde invoca; la desolación en presencia de su propia alma, hundida en las más densas tinieblas; angustias indecibles ante el mar del infinito, cuyas orillas no alcanza á descubrir, y hasta los estremecimientos de la concupiscencia, tanto más violenta cuanto más reprimida. Y como tal estado de ánimo no es recurso retórico, ni este poema es poesía académica y convencional, sino admirablemente verdadera, causa en nuestro espíritu hondo sentimiento estético de aflicción y de conmiseración.

Si en la duda de Calasanz hubiera algo puramente subjetivo, podría afirmarse de Sierra lo que Taine dijo de Musset: "Ha

arrancado de sus entrañas la idea que había concebido, y la ha mostrado á los ojos de todos, sangrienta, pero viva."

En el Beato Calasanz todo es grande: ideas, imágenes y pasiones; el poeta está penetrado de lo grandioso, y frecuentemente hace sonar la trompa épica, en vez de tañer la lira; y así, cuando en una visión apocalíptica, nos habla Calasanz del Universo, nuestro espíritu queda sobrecogido de pasmo.

Si expresa el amor, nos dice que es á un mismo tiempo fruición de cielo y sensación de abismo, y al hablar de la mujer que lo inspira, agrega:

Mas no era Beatriz, de refulgente
Inmaculada túnica vestida,
Ceñida por un nimbo el alba frente;
Ni era una alma sin color nacida
En un rayo opalino de la luna,
¡Oh! no, una mujer ebria de vida
Y de pasión miró, tal como en una
Tarde de Abril, magnética y serena,
Cuando amor *que es el mal*, quiso en su cuna,
Matar para los cielos su alma buena.

La intensidad con que el poeta pinta este amor que conturba y entenebrece el alma, es tal, que el deseo de los amantes parece

haber pasado por todas las alquitaras de la concupiscencia y de la lujuria. Aun se llegó á indicar por un insigne literato, cuya muerte lloramos, que la pasión frustrada del Beato Calasanz, era el alma del poema; cuando á decir verdad, es sólo un episodio.

Sin menoscabo de la indiscutible originalidad de Sierra, no cabe duda que coinciden algunos de sus procedimientos con los empleados por Núñez de Arce en la "Selva Oscura" y en la "Visión de Fray Martín". El introito de este último poema, recuerda el del Beato Calasanz, que con imponente y solemne majestad así comienza:

¡Qué triste fué esa noche! ¡Qué invierno aquel
(tan crudo!

La escarcha entre la yerba del patio cintilaba
Y un ángulo del claustro muy frío y muy desnudo
Subiendo lenta y blanca la luna iluminaba.
En el rincón opuesto, la celda más oscura
Estaba entreabierta; un hombre en ella había
Tendido en las baldosas; su rígida figura
Crispaba en sus postreros espasmos la agonía.

Veamos ahora cómo empieza la "Visión de Fray Martín".

Era una noche destemplada y triste
del invierno aterido. Densamente

la nieve silenciosa descendiendo
del alto cielo en abundantes copos,
como sudario fúnebre cubría
la amortecida tierra.

A decir verdad, en estos momentos no recuerdo si el Beato Calasanz fué escrito antes que los dos poemas citados de Núñez de Arce; pero sea de ello lo que fuere, puede afirmarse del Sr. Sierra lo que el insigne Menéndez y Pelayo dijo del autor de *La Pesca*: "El verdadero genio lírico en lo que tiene de más íntimo y substancial no desciende de nadie, hace escuela por sí propio, y sólo á Dios debe los raudales de su inspiración". La de Sierra es poderosa y su gradilocuencia corresponde á la grandiosidad de las ideas.

Es de sentirse que su dicción poética frecuentemente materialista, llegue á veces á ser pedestre y no siempre esté exenta de neologismos vitandos.

Parece que las oleadas de pensamientos poéticos hallan estrecho cauce en la lengua de que el vate se sirve. Tal vez Sierra diga con su poeta predilecto:

Et je n' ignorais pas que la main corroucée
Qui delivre le mot, delivre la pensée

y quizá repita con él:

Je mis un bonnet rouge au vieux dictionnaire
Plus de mot senatur; plus de mot roturier,
Je fis une tempete au fond de l'enerier
Et je mélai, parmi les ombres débordées
Au peuple noir de mots, l'essaim blanc des idées

Pero, como es sabido, Víctor Hugo no se propuso dar carta de naturaleza á neologismos gramaticalmente heterodoxos; sino acabar de una vez con las perífrasis de los clásicos, llamando á las cosas por sus nombres: "je nommai le cochon par son nom: pourquoi pas?" Deseaba además devolver á su lengua gran caudal de palabras malamente sepultadas en la ancha fosa del arcaísmo, y aspiraba finalmente á "democratizar" la dicción poética; pero sin *aplebarla*. Bien lo da á entender cuando dice:

La poésie était la monarchie: un mot
Était un due et pair, ou n'était qu' un grimaud.

Por lo que mira, ya no á la dicción de Sierra, sino á sus pensamientos, debo confesar que una ú otra vez, se me presentan al través de nubes, no siempre leves y transparentes, y es que el genio se goza en encumbrar el vuelo hasta las más altas regiones,

según me hacía notar cierto colega mío muy querido, algún día que encomiábamos las dotes poéticas de Justo como cariñosamente le llamamos sus amigos.

Antes de concluir, seame permitido expresar un deseo de que tal vez participe el Sr, Sierra, como pudiera colegirse, con una poca de buena voluntad, de las postreras palabras del monje Calasañz.

Para nosotros, los que creemos, sería muy consolador que el toque de la gracia que devolvió al monje la fe perdida, restituyese sus creencias á tantos espíritus aquejados de las torturas y desfallecimientos de la duda religiosa. Entonces como dice el inspirado vate:

".....el mundo atónito creería
Y este siglo sin Dios, de Dios sería."

